

***“Estamos llamados no sólo a una conversión radical del corazón
sino también a una transformación de las estructuras
socialmente pecaminosas”.***

PERMANEZCAN EN MI AMOR:

**Una carta pastoral sobre el racismo
Cardenal Francis George, O.M.I.
Arzobispo de Chicago**

4 de abril de 2001

33^{er} Aniversario de la Muerte del Dr. Martín Luther King, Jr.

Permanezcan en mi amor

Una carta pastoral sobre el racismo

Cardenal Francis George, O.M.I.

Reconocimientos

Agradezco enormemente a aquellos que me ayudaron a realizar la investigación documental y a escribir esta Carta Pastoral en sus distintas etapas: Obispo Joseph N. Perry, Hermana Jaime Phelps, O.P., Ph.D., John T. McGreevy, Ph.D., y William Purcell.

Agradezco también a aquellos que leyeron el borrador y me dieron sus útiles comentarios y críticas:

Lawrence Dowling, Padre Leonard Dubi, Padre Thomas Swade, Padre Derek Simons, S.V.D., Diácono Ralph Shaw, Hermana Anita Baird, D.H.M., Sheila Adams, Sheila Bourelly, Joan Neal, John Lukehart, Aurie Pennick, Terri Johnson y Clarence Wood.

Provincias: la Provincia de Chicago de la Sociedad de Jesús; la Sociedad de las Hijas del Corazón de María; las Hermanas Franciscanas de Chicago; las Hermanas de la Piedad de América, Comunidad Regional de Chicago; las Hermanas de San José de La Grange, la Orden de Predicadores Dominicos de la Provincia Central; los Claretianos y la Sociedad de la Divina Palabra por su generoso apoyo financiero en beneficio de este proyecto.

Agradezco siempre las oraciones y el apoyo de los sacerdotes, diáconos, mujeres y hombres religiosos, y de los laicos fieles de la Arquidiócesis de Chicago.

Finalmente, como obispo de la Iglesia Católica, espero incluir y tratar con respeto las diferentes experiencias existentes en una carta como ésta pero mi intención es, sobre todo, presentar las enseñanzas de la Iglesia en nuestro contexto actual. Las enseñanzas sobre el pecado del racismo son una parte integral de nuestra fe y no pueden ser ignoradas. Espero que esta carta ayude a los católicos a poner en práctica dichas enseñanzas en esta Iglesia local, de la cual sirvo como pastor.

Contenido

1

1. Introducción: Permanecer juntos

Dios, el Creador

Jesús, el Señor

El Espíritu Santo

5

2. Examinar nuestra situación actual: ¿Cómo permanecemos juntos?

Cuatro tipos de racismo:

Espacial, institucional, interiorizado e individual

15

3. Imaginar nuestro futuro: ¿Cómo podríamos permanecer juntos?

A. Permanecer con Dios en la vida diaria

Comunidades inclusivas: Vivir con nuestro prójimo

Justicia económica: Trabajar con nuestro prójimo

Apoyar instituciones sociales culturalmente diversas

B. Permanecer con Dios en Su Iglesia

*La Eucaristía como el sacramento
y medio de comunión*

Los dones facultativos del Espíritu

23

4. Conclusión Una agenda para abordar la injusticia racial y sistémica

Arquidiócesis

Parroquias

Liturgia

Escuelas Primarias Católicas

Escuelas Secundarias, Colegios y Universidades

Acción Comunitaria

PERMANEZCAN EN MI AMOR: UNA CARTA PASTORAL SOBRE EL RACISMO

1. Introducción: Permanecer juntos

Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis. La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto, y sedís mis discípulos. Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. (Juan 15:7-10).

En el primer año del tercer milenio, somos llamados una vez más por el Papa Juan Pablo II para abrir nuestras puertas a Cristo y al pueblo de Dios entre nosotros. Reconociendo nuestros pecados, continuamos la jornada de conversión y reconciliación preparada por el gran Jubileo del Año 2000.¹ Como Iglesia, estamos llenos del amor santificador del Espíritu Santo; sin embargo, al mismo tiempo, somos una comunidad, la cual “acoge a los pecadores en su seno, santo y al mismo tiempo en constante necesidad de purificación”.² Esta carta pastoral discutirá uno de los muchos pecados que afectan nuestras relaciones e infectan, a la vez, instituciones de la Arquidiócesis de Chicago y de nuestra sociedad: el pecado del racismo.³

Para enfrentar algo, para hablar de ello, tenemos que reconocerlo. Habiendo crecido en Chicago, la primera vez que comencé a pensar en el racismo fue cuando, siendo un jovencito, viajé fuera de Chicago, para pasar un verano en Memphis y Nashville, en el estado de Tennessee. Mis padres me dieron permiso para pasar un tiempo con un Padre Franciscano instalado en Tennessee, un sacerdote que no era afro-americano pero que daba servicio a católicos negros como su pastor.

Los niños con quienes jugué aquel verano fueron buena compañía y nos hicimos amigos. Dentro del complejo de la parroquia y en el barrio circunvecino de mis nuevos amigos, sólo los sacerdotes, las Hermanas y yo éramos blancos. Sin embargo, la diferencia que provoca el color de la piel me golpeó con fuerza sólo hasta el momento en que mis amigos me llevaron al centro de Memphis. En Chicago, cuando viajaba en autobús con mis amigos, siempre nos apurábamos para tomar los últimos asientos de la parte trasera, esa larga tira de asientos que nos permitía ver a través de la ventana trasera del autobús en el momento en que arrancábamos. Aún cuando no hubiéramos podido explicarlo, creamos nuestro propio espacio y teníamos la sensación de tener una visión general del autobús entero y de la calle, desde un posición estratégica privilegiada. Peleábamos y nos empujábamos para sentarnos en el asiento trasero.

Sentarse en la parte de atrás del autobús tenía una connotación muy diferente en cualquiera de los estados de sur gobernados por las leyes de “Jim Crow”. Cuando mis amigos y yo nos subimos en el autobús en Memphis, corrí a la parte trasera del autobús, solo para recibir del conductor la indicación de que no podía sentarme ahí. Sin embargo, lo peor fue que no pude sentarme con mis amigos en ningún otro lugar dentro de ese autobús. Totalmente avergonzado, no disfruté gran cosa de aquella tarde en el centro de Memphis y nunca más después de eso me subí a un autobús en esa ciudad. Esa tarde el sacerdote franciscano, quien era muy amable conmigo y un buen pastor para mis amigos, me explicó las “costumbres sociales” en

¹ John Paul II, *Tertio Millennio Adveniente*, 33, 34, 35.

² Second Vatican Council, Dogmatic Constitution on the Church: *Lumen Gentium* (LG), 8.

³ U.S. Catholic Bishops, *Brothers and Sisters to Us* (Washington, D.C.: United States Catholic Conference, 1979), 3. Aun cuando los obispos de los E.U. se han manifestado contra el racismo en anteriores pronunciamientos, esta carta fue la primera en identificar claramente al racismo como un pecado.

* Según *Merriam Webster Collegiate Dictionary Online*: Discriminación étnica aplicada especialmente contra los negros por imposiciones legales o por vía de sanciones tradicionales. (N. del T.)

Tennessee. Para mí, no fue tanto una experiencia de inequidad como de separación forzada. Para mis amigos, fue “así son las cosas”.

Cuando me bajé del tren en *Union Station*, llegando a casa después de mi verano en Tennessee, mis padres me hicieron muchas preguntas acerca de las semanas que había pasado lejos de Chicago. Cuando les conté mi experiencia en el autobús de Memphis, me explicaron que las leyes de “Jim Crow” eran un error. Trataban a algunas personas como algo inferior, y Dios nos hizo a todos igualmente valiosos. Cuando les pregunté por qué no teníamos amigos “negros”, la respuesta fue más o menos el equivalente de “así son las cosas”. Tanto mi padre como mi madre tenían conocidos afro-americanos del trabajo y de otros lados. Hablaban bien de ellos, pero nunca nos visitamos unos a otros ni fuimos ni vinieron a las celebraciones familiares o fiestas de cada uno. Ni la posibilidad de vivir en el mismo barrio era algo que se pensara más en Chicago que en Tennessee. Las enseñanzas de mi casa y de mi parroquia eran buenas enseñanzas; la experiencia sin embargo, simplemente no reflejaba aquellas. Esa brecha se llama “pecado”, algunas veces es personal y social, algunas veces institucional y estructural; algunas veces todo lo anterior.

Antes de continuar con esta carta, me gustaría invitar a cada lector a preguntarse cuándo fue la primera vez que tuvieron conciencia de la diferencia racial y cómo reaccionaron ante ella. En cierta ocasión, una mujer de negocios de Chicago me dijo que de hecho, ella nunca se despierta en las mañanas sin darse cuenta inmediatamente que es negra.

¿Cómo deberíamos reaccionar ante la conciencia de esa mujer? ¿Por qué nuestra fe nos dice que debemos “permanecer juntos”?

Dios, el Creador

El libro del Génesis revela a Dios como el Creador de un vasto universo lleno de una rica variedad de plantas y animales, rodeado de mar y cielo. La salida y puesta del sol y la luna marcan el ritmo de la creación de la vida. Un Dios cuyos propios ser y bondad generaron más ser y más bondad, llamada creación, la cual está separada de Él y sin embargo, es intrínsecamente dependiente de Él. Unidos en una dinámica y mutua entrega de su vida como Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, crearon, a partir del amor infinito, el universo y todo lo que lo colma. De acuerdo al libro del Génesis, la cúspide, el punto más elevado de la energía creadora de Dios se alcanza con la creación de la raza humana el sexto día:

Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó... Vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien... (Génesis 1:27;31).

Aunque Dios pretendía que toda la creación viviera en esa armonía y ese amor que los uniera como uno solo, los seres humanos, ejerciendo su libre albedrío, desafiaron la voluntad de Dios y sustituyeron la armonía divina que este había planeado con la división, la deseada unidad divina con el conflicto, la pretendida comunidad divina con la fragmentación.

Una forma de división humana, de conflicto y fragmentación es el racismo: personal, social, institucional y estructural. El racismo estropea nuestra identidad como pueblo, como raza humana hecha a imagen y semejanza de Dios (Gen. 1:27). La carta de 1979 de los Obispos de E.U. sobre el tema del racismo nos enseña que “el racismo es un pecado: un pecado que divide a la familia humana, oculta la imagen de Dios entre los diferentes miembros de esa familia y viola la dignidad humana fundamental de aquellos llamados a ser hijos del mismo padre”.⁴

⁴ Ibid.

Jesús, el Señor

Jesús, la encarnación del eterno Hijo de Dios, hizo su aparición en la historia humana hace dos milenios. Cuando Jesús vino al mundo, su pueblo, el pueblo de Dios, el pueblo Judío, era un pueblo conquistado, con frecuencia despreciado por sus gobernantes extranjeros. Jesús nos dio los medios para encontrar el camino de regreso a su Padre, a quien nos enseñó a llamar nuestro Padre. Jesús, el nuevo Adán, fue a encontrar su muerte en el sexto día para recrearnos al redimirnos del pecado y de Satanás. Caminamos así de nueva cuenta en la unidad, como un solo pueblo disfrutando de la variedad de plantas, animales y culturas humanas que constituyen el mundo redimido por Cristo. A través de sus enseñanzas y de sus curaciones, a través del discipulado, llamó a la gente a seguirlo; mediante su resurrección corpórea de entre los muertos, nuestro Señor Jesús encarna literalmente una nueva manera de vivir para nosotros, la cual está conformada a la voluntad y el reino de Dios. Jesús trasciende, desafía y transforma todo lo que divide a la comunidad humana (Gal. 3:28). Él nos llama a regresar a la comunión del uno con el otro, a la unidad, la cual refleja la comunión de la propia vida Trinitaria de Dios.

Para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la Gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí. (Juan 17:20-23).

El racismo, ya sea personal, social, institucional o estructural, contradice el propósito de la encarnación de la Palabra de Dios en el vientre de la Virgen María. El racismo contradice el deseo de Dios para nuestra salvación. No podemos afirmar que amamos a Dios sin amar a nuestro prójimo. (Mat.22: 34-40). Puesto que el racismo es una falla del amor por nuestro prójimo, sólo el liberarnos del racismo nos permitirá ser uno con Dios y con el otro.⁵

El Espíritu Santo

La visión de una comunidad que permanece en el amor incondicional y universal de Dios puede sonar como un sueño imposible de realizar; sin embargo, para Dios todo es posible (Marcos 10:27). La conversión radical que se necesita para vencer el pecado del racismo es posible gracias al Espíritu Santo. Enviado por el Cristo en ascensión, el Espíritu Santo permanece en nuestros corazones y entre nosotros para darnos el poder de vivir verdaderamente como el pueblo de Dios. Por el poder del Espíritu Santo que actúa en nosotros, podemos hacer infinitamente más de lo que podemos pedir o imaginar (Efe. 3:20). Jesús aseguró a sus discípulos que la presencia permanente del Espíritu les daría el poder de ser fieles:

Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. Pero también vosotros daréis testimonio porque estáis conmigo desde el principio. (Juan 15:26-27).

2. Examinar nuestra situación actual: ¿Cómo permanecemos juntos?

La permanencia interior del Espíritu Santo infunde en nosotros el deseo de continuar la misión de Jesús y sus discípulos. El Espíritu nos llama a reflexionar sobre cómo encarnamos la salvación de Dios y su amor universal en las parroquias y escuelas, en el Centro Pastoral y en otras instituciones católicas. El Espíritu nos mueve a reflexionar acerca de cómo hacer visible ese amor en nuestros barrios y en nuestros lugares de negocio, en nuestro trabajo y en nuestra diversión.

⁵ Pope Paul VI, *Evangelii Nuntiandi*, An Apostolic Exhortation to the bishops, priests and faithful of the entire Catholic Church on Evangelization in the Modern World, 9.

Invito a todos los católicos de la Arquidiócesis a examinar conmigo de qué manera nuestra Iglesia local refleja la unidad dentro de la diversidad, la cual refleja a su vez la naturaleza de la Santa Trinidad. No podemos ser levadura de amor y justicia en una sociedad que pelea contra el racismo si hemos sido capturados por el pecado del racismo en la Iglesia.

Cada uno de nosotros debe examinar cómo respondemos en la Arquidiócesis a la petición de Jesús de que seamos uno. ¿Cómo manifiesta la Arquidiócesis la presencia unificadora del Espíritu en medio de la diversidad racial y cultural, de género y clase, religiosa, teológica e ideológica que caracteriza a nuestra sociedad?

Para los católicos de Chicago de cierta edad y para algunos que no son católicos también, el buscar respuesta a estas preguntas nos lleva a recordar patrones de vida que protegían y nutrían el crecimiento, pero que también dividían. La pregunta “¿De dónde eres?” no podía responderse de manera simple diciendo de Hyde Park o Humboldt Park, del lado oeste de la ciudad, del sur, del sureste, de la parte norte o de Evanston. La respuesta que contaba era de San Clemente, San James, Santo Tomás el Apóstol, de los Santos Ángeles, Santa Cruz, San Anselmo, Santa Elizabeth, San Estanislao, Visitación, Santa Sabina, San Mel y Santo Espíritu, San Malaquías, Nuestra Señora de los Lamentos, San Mateo, Sangre Preciosa, Santa Ágata, San Bonifacio, Santo Tomás More, Santa María Magdalena, Santa Margaret de Escocia o San Nicolás. La parroquia – el lugar donde los católicos asisten a misa, a confesar sus pecados, donde envían a sus niños a la escuela, donde ven casarse a sus hijos y donde entierran sus muertos – era tan importante como las designaciones oficiales de la ciudad.

El Catecismo de Baltimore que solían aprenderse de memoria los católicos, preguntaba “¿Dónde está Dios?” La respuesta era “en todos lados” y en Chicago, las parroquias católicas parecían estar en todos lados. El hecho de que estas parroquias inspiraran lealtad a un lugar y devoción a Dios es quizá uno de los grandes logros de Chicago. Las instituciones católicas han ayudado a modelar la historia de esta área.

Si las comunidades de las parroquias son hoy día una de las glorias de la vida católica en Chicago y en los condados de Cook y Lake, el mecanismo a través del cual las comunidades parroquiales pueden llegar a convertirse en fortalezas fue, en algún momento, y aún puede llegar a ser hoy día, una fuente de tragedia, pues para muchos católicos de las décadas recientes, la pregunta “¿De dónde eres?” se convirtió en una interrogación, no en un gesto de bienvenida. Algunos grupos adoptaron modelos etnocéntricos de exclusividad y nociones de superioridad racial, sin considerar las implicaciones morales o las heridas psicológicas y emocionales causadas a otros. En algunos casos, la visión de la fe era muy estrecha; la comunidad de fe se convirtió en un club privado.

La resistencia a la integración racial y a las comunidades culturalmente mixtas es algo tan antiguo como la primeras comunidades cristianas, donde judíos cristianos y griegos cristianos se hallaron enfrentados. Para los católicos de Chicago, las diferencias culturales fueron especialmente importantes en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, con la gran migración de católicos europeos a esta ciudad. Hace un siglo o más, el problema “racial” de Chicago era el de los alemanes contra los irlandeses, los polacos contra los alemanes, los cristianos contra los judíos, los protestantes contra los judíos. Mi predecesor como Arzobispo discutió en algunas ocasiones estas disputas, habló a los católicos de su membresía común en el Cuerpo Místico de Cristo y predicó intermitentemente contra el pecado del anti-semitismo. Aún cuando las barreras culturales disminuyeron un poco después de la I Guerra Mundial y que la migración en masa de Europa se detuvo, la identidad étnica de las parroquias permaneció muy fuerte.

Por otro lado, otra migración en masa, en este caso ocurrida dentro del país, originó desafíos más imponentes. Entre la década de 1910 a la de 1960, cientos de miles de afro-americanos migraron del sur del país para establecerse en Chicago. Obligados a vivir en la parte próxima sur al centro y en el lado oeste de la ciudad, con frecuencia en casas por debajo de los requisitos mínimos para las viviendas, cuyos dueños vivían en otro lado, a muchas familias afro-americanas que tenían la capacidad económica de pagar una mejor vivienda les fue imposible mudarse a barrios aledaños por causa del color de su piel. Los católicos, leales a sus parroquias, frecuentemente constituían la mayoría de la población blanca en los barrios cercanos a las crecientes zonas afro-americanas de la ciudad. En algunas ocasiones estos mismos católicos

mezclaron los conceptos de lealtad a su parroquia con el prejuicio racial, en un esfuerzo desesperado y siempre sin éxito, de “salvar” a ciertos barrios al prevenir la entrada de personas negras. Otra pregunta que llegó a ser parte de toda conversación habitual fue: “¿Dónde están ahora?” Y todo mundo sabía quiénes eran “ellos” y sabían, también, qué cuadras estaban cambiando, algunas veces casi de la noche a la mañana pasaban de ser blancas a ser negras.

Muchos han escuchado historias de sacerdotes, monjas y personas laicas que aún hoy son incapaces de dar la bienvenida a afro-americanos católicos dentro de las parroquias y escuelas.⁶ Y es que hay historias de políticos católicos que trabajaron de manera importante para mantener la segregación en los barrios y en el lugar de trabajo, así como historias de temor que decían que una escuela se “arruinaría” porque el Padre o la Hermana había permitido a católicos afro-americanos inscribir a sus hijos. Cuando el Reverendo Dr. Martín Luther King Jr. marchó en Chicago el verano de 1966, describió el racismo y el odio que encontró como algo más “hostil” y “odioso” que cualquier cosa que había presenciado en el sur. Algunos de los barrios que recorrió eran el hogar de feligreses católicos.

Para examinar nuestra situación actual de manera completa, quizá sea importante notar que otros factores, además del prejuicio racial, forman parte de esa historia de resistencia contra los barrios integrados. La mayoría de las personas de clase media, de cualquier raza o religión, tienen a su hogar como su más grande inversión. Su casa representa el legado para sus hijos. La destrucción del valor económico de su vivienda se convierte entonces en una amenaza a todo aquello que han logrado. Desafortunadamente, las personas blancas han equiparado con demasiada frecuencia la integración multirracial de un barrio con la devaluación de las propiedades. Algunas veces esos temores fueron provocados por vendedores de bienes raíces con el fin de poder comprar sus casas muy por debajo de su valor real. El temor a las pérdidas económicas no es evidencia de prejuicio. El miedo a perder los ahorros de toda la vida no es igual al miedo que se tienen a una raza diferente; sin embargo ambos miedos pueden reforzarse mutuamente.

Por otro lado, existe otro miedo que complica esta historia: el miedo a la violencia. El deseo de vivir sin temer por la seguridad de uno y de su familia no es evidencia de racismo. Todo mundo comparte el miedo a la violencia. Sin embargo el prejuicio se hace evidente cuando se asume de manera simplista que las personas de otra raza deben ser violentas simplemente por que son quienes son. Es posible que las personas blancas experimenten temor en un barrio negro; sin embargo los negros posiblemente tienen más razones para estar temerosos si se encuentran en muchos de los barrios blancos. El ímpetu original de esta carta pastoral lo originaron la terrible golpiza de Lenard Clark en 1997 y el Equipo Especial sobre el Racismo que respondió a ella.

Desafortunadamente, los temores de pérdida económica y de violencia personal pueden cegar a las personas y no dejarles ver lo que la fe católica les llama a hacer –permanecer juntos en el amor. Si queremos vivir en una sociedad genuinamente multirracial y multicultural, estos miedos tienen que ser atendidos de manera honesta .

El que algunos sacerdotes católicos, monjas y laicos, tanto negros como blancos, hayan marchado con el Dr. King, sugiere otra dimensión de nuestra historia. Mucho tiempo antes de las marchas de derechos civiles de los años sesenta, la Iglesia católica de Chicago tuvo la bendición de tener personas llenas de fe deseosas de ver a la comunidad católica dando la bienvenida a todas las culturas y todas las razas. Estaban dispuestos a sacrificar muchas cosas para poder vivir en una sociedad auténticamente multirracial. Los católicos de todas las razas trabajaron para integrar las instituciones católicas y públicas de las décadas de 1940, 1950 y 1960. La comunidad afro-americana católica de Chicago insistió de manera valiente en que el racismo no debía tener un lugar en la Iglesia fundada por Cristo.

Algunos afro-americanos participaron con gran esperanza en estos esfuerzos locales; otros contribuyeron a la fundación y al desarrollo de las organizaciones nacionales de católicos negros.⁷ Estos grupos sirven

⁶ Véase John T. McGreevy, *Parish Boundaries: The Catholic Encounter with Race in the Twentieth Century Urban North* (Chicago: University of Chicago Press, 1996).

⁷ Se han desarrollado organizaciones nacionales similares entre católicos hispanos e indígenas norteamericanos y están surgiendo entre asiático-americanos. Estas organizaciones han convertido el

actualmente como lugares donde los católicos afro-americanos trabajan para desarrollar líderes e instituciones que nutran y mantengan la fe católica de una manera que sea sensible a la cultura negra. Con frecuencia estos lugares dan lugar a voces proféticas dentro de la iglesia, que hablan contra el racismo y la dominación cultural dentro de la Iglesia y la sociedad.⁸ Lamentablemente para todos nosotros, algunos afro-americanos han abandonado nuestra comunidad católica para unirse a otras comunidades de la fe cristiana, iglesias “católicas” independientes o incluso el Islam, en parte porque encontraron difícil reconciliar su propia identidad con las manifestaciones de racismo dentro de la Iglesia Católica.

La historia que se ha dado en los más de cuarenta años desde que el Rev. Martin Luther King Jr. marchó por los barrios de Chicago es a la vez familiar y novedosa. El racismo existe aún, en diversos grados, en nuestras iglesias y escuelas, de la misma manera en que acosa a la ciudad y los suburbios. La combinación de influencias producto de la discriminación racial y del aislamiento social, en el momento en que una sociedad económicamente rica debería confrontar estos problemas de manera directa, continúan haciendo que la situación de muchos afro-americanos y la de otros pueblos de color sea la vergüenza más grande de Chicago. Hoy, sin embargo, la manera cuidadosa y directa en la que algunas parroquias católicas ubicadas en barrios que están atravesando por una transformación racial y cultural, han comenzado a confrontar estos cambios es fuente de orgullo para mí como Arzobispo de Chicago.

Aún cuando los afro-americanos y otros grupos han hecho muchos progresos en las áreas de educación y empleo, especialmente en la última generación, las relaciones entre las razas en el área metropolitana de Chicago se han convertido en algo más complicado con el reciente flujo de inmigrantes de la India, China, África, Vietnam, el Oriente Medio, América Latina y el Caribe a nuestros barrios. Esto suma nuevos matices a la escena de Chicago, la cual hasta ahora había sido principalmente blanca y negra. El racismo contemporáneo tiene un rostro multicultural.⁹

Los católicos en la Arquidiócesis de Chicago celebran Misa ahora en más de veinte idiomas, haciendo que la Iglesia de Chicago sea más representativa de la Iglesia Universal. Un tercio de los residentes de la ciudad son ahora inmigrantes de habla española o sus descendientes, de países tan diferentes como Colombia, Puerto Rico, Cuba y México. El dramático incremento de la población de católicos hispanos en toda la zona metropolitana no les ha eximido de experimentar los efectos del racismo. “Aún cuando los hispano-americanos no han sufrido la esclavitud, ellos también han sido pueblos conquistados, excluidos sistemáticamente de la sociedad principal de Estados Unidos debido a los prejuicios, el racismo y la segregación”.¹⁰

Para los católicos, sin embargo, la estabilidad de nuestras instituciones parroquiales, el hecho de que las parroquias católicas sirven a las personas dentro de un territorio determinado y no de una congregación que hayan escogido, ofrece oportunidades inusuales. A pesar de los problemas económicos, la Arquidiócesis ha tratado de mantener una presencia católica en los barrios urbanos poblados por afro-americanos, hispanos, asiáticos y personas con raíces en varios países europeos. A través del “Programa para Compartir entre Parroquias”, algunas parroquias católicas en áreas de grandes recursos financieros han formado sociedades con parroquias que dan servicio en barrios pobres. Este compartir surge de la convicción, nacida en la fe, de que somos muchas partes de ese Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

aislamiento étnico en una oportunidad para el desarrollo de programas que nutren el espíritu y que son culturalmente sensibles, en los que la dignidad humana de sus miembros es alimentada y les permite tomar parte activa en la Iglesia.

⁸ Véase Jamie T. Phelps, ed., *Black and Catholic: The Challenge and Gift of Black Folk: Contributions of African American Experience and World View to Catholic Theology*. (Milwaukee: Marquette University Press, 1998).

⁹ Véase United States Catholic Conference Statement, “*Cultural Pluralism in the United States*” (Washington, D.C., USCC, 1980).

¹⁰ Véase National Conference of Catholic Bishops’ Committee on African American Catholics and Committee on Hispanic Affairs, *Reconciled Through Christ*, p. 21 (Washington, D.C., USCC, 1997).

Aún cuando encontrar respuesta a la pregunta “¿De dónde eres?” se convierte en algo más complicado, deberíamos darnos cuenta que el futuro de las relaciones entre las diferentes razas que conviven en Chicago y sus comunidades aledañas, está ligado a cuán dispuestos estemos como católicos a vivir y ofrecer culto en parroquias con una comunidad de fe diversa; parroquias que sirvan de eje a barrios donde las personas puedan vivir juntos como miembros de esa familia humana única.

Cuatro tipos de racismo: Espacial, institucional, interiorizado e individual

El rostro del racismo luce ahora muy diferente a como lo hizo hace treinta años.¹¹ El racismo público es fácilmente condenado, pero el pecado, con frecuencia, se encuentra dentro de nosotros de maneras muy sutiles. Al examinar los patrones de racismo hoy en día, existen cuatro formas de racismo que merecen particular atención: el racismo espacial, el racismo institucional, el racismo interiorizado y el racismo individual.

Racismo Espacial

El racismo espacial se refiere a los patrones de desarrollo metropolitano en los cuales algunas personas blancas ricas crearon suburbios racial y económicamente segregados o áreas aburguesadas dentro de las ciudades, dejando a los pobres —principalmente afro-americanos, hispanos y algunos inmigrantes recién llegados— aislados, en áreas deterioradas de la ciudad y de los suburbios más antiguos.

Myron Orfield,¹² el Consejo de Líderes para Comunidades Metropolitanas Abiertas (*Leadership Council for Metropolitan Open Communities*) y otros expertos han documentado el devastador impacto de las enormes disparidades económicas entre las comunidades y del aislamiento geográfico de personas de acuerdo a su raza, clase y religión.¹³ Estas disparidades socavan la economía regional y la base moral del área metropolitana. El racismo espacial crea un abismo visible entre ricos y pobres, y entre la gente blanca y la de color. Marca una sociedad que contradice tanto las enseñanzas de la Iglesia como nuestro declarado valor nacional de la igualdad de oportunidades. Orfield y William Julius Wilson han notado las injusticias económicas que resultan de esta forma de racismo: carencia de una vivienda económica decente; retiro de fondos para préstamos de casa; escuelas públicas con instalaciones, materiales y personal administrativo y docente insuficientes; infraestructura en decadencia; falta de inversión capital para negocios y comercio; pocas o ninguna oportunidad de trabajos cerca del hogar y una transportación pública insuficiente para los trabajos en los suburbios.¹⁴

El racismo espacial de nuestra sociedad crea un patrón similar en la Iglesia. Las parroquias que fueron organizadas basadas en áreas con límites geográficos específicos reflejan los patrones de segregación racial y cultural de los barrios y pueblos.

Racismo Institucional

El racismo también toma forma institucional. Los modelos de superioridad social y racial continuarán mientras nadie pregunte por qué deben darse por sentado. Las personas que asumen, conciente o

¹¹ Véase The Human Relations Foundation of Chicago, *Human Relations in Metropolitan Chicago 2000*, Capítulo IV: A New Racism, p. 17.

¹² Véase Myron Orfield, *Metro-Politics: A Regional Agenda for Community and Stability*, edición corregida, Washington, D.C., Brookings Institution Press, 1998).

¹³ Véase M. Leachman, P. Nyden, W. Peterman, and D. Coleman, *Black, White and Shades of Brown: Fair Housing and Economic Opportunity in the Chicago Region* (Chicago: Leadership Council for Metropolitan Open Communities, 1998).

¹⁴ Véase Orfield and William Julius Wilson, *The Truly Disadvantaged: The Inner City, The Underclass, and Disappears: The World of the Urban Poor* (New York: Alfred Knopf, Inc., 1996).

inconscientemente, que las personas blancas son superiores, crean y mantienen instituciones que privilegian a personas iguales a ellos y es habitual que ignoren las contribuciones de otros pueblos y culturas. Este “privilegio blanco” frecuentemente pasa inadvertido porque se ha interiorizado e integrado como parte del punto de vista que uno tiene del mundo, a través de la costumbre, el hábito y la tradición. Puede verse en la mayoría de nuestras instituciones: en los sistemas judicial y político, los clubes sociales, las asociaciones, los hospitales, las universidades, los sindicatos, los negocios pequeños y grandes, las grandes corporaciones, los grupos profesionales, los equipos deportivos y las artes. En la Iglesia también “...con demasiada frecuencia, en aquellos lugares donde los afro-americanos, los hispanos, los indígenas estadounidenses y los asiáticos forman un grupo numeroso, los funcionarios y representantes de la Iglesia, tanto clérigos como laicos, son predominantemente blancos”.¹⁵

Algunas veces, con un genuino deseo de ser más inclusivos, se le pide a uno o dos afro-americanos, hispanos, asiáticos o indígenas norteamericanos que ocupen posiciones de liderazgo para cambiar la cultura interna de una institución. Sin embargo, la disposición racista de la institución puede permanecer inalterada en gran medida si las personas no blancas no adquieren derechos de participación totales. Sin elevar los niveles de influencia que pueden cambiar las actitudes, los enfoques y las metas atrincheradas de la institución, estas personas viven e incluso tienen que presidir sobre las políticas, procedimientos y regulaciones que dejan a la institución en un estatus básicamente racista. Con frecuencia, cuando estas pocas personas de color que han sido seleccionadas exhiben cualidades de moralidad, inteligencia y destreza que contradicen las bajas expectativas de los estereotipos raciales aplicados a sus grupos culturales, son vistos como “irregularidades excepcionales”.

La indiferencia hacia los índices de violencia contra las vidas de las personas negras, hispanas, asiáticas e indígenas es otro signo de racismo institucional. “Las tasas de aborto son mucho más altas entre los pobres y las gentes de color que entre la clase media. Como resultado del aborto, los Estados Unidos son un lugar menos diverso de lo que sería”.¹⁶ El racismo también se hace visible en el encarcelamiento y en la administración de la pena de muerte. Existe un número desproporcionado de negros, hispanos, asiáticos, indígenas norteamericanos y personas de bajos ingresos de todos los grupos étnicos y raciales en la lista de personas que serán ejecutadas. “Habiendo cometido los mismos crímenes, [esos] acusados tienen una probabilidad mayor de ser sentenciados a muerte que los acusados blancos”.¹⁷ Otra áreas donde el racismo institucional se alberga son las áreas de salud, educación y vivienda.

Racismo Interiorizado*

Muchos negros, hispanos, asiáticos e indígenas estadounidenses son socializados y educados en instituciones que devalúan la presencia y las contribuciones de los pueblos de color y sólo celebran las contribuciones de los blancos. Debido al proceso de socialización que viven dentro de un sistema racial y cultural dominante, las personas de color pueden llegar a verse a sí mismos y a sus comunidades, principalmente a través de los ojos de esa cultura dominante. Reciben poca o nula información acerca de su propia historia y cultura y se perciben a sí mismos y a sus comunidades como “empobrecidos culturalmente”. El ver a algunos hombres y mujeres de su propia cultura o clase en posiciones de liderazgo, hace que comiencen a aplicarse los estereotipos negativos que existen acerca de su grupo y en los que la cultura dominante ha decidido creer.

Racismo Individual

A diferencia del racismo espacial y el institucional, los cuales son más públicos en su naturaleza, el racismo individual se perpetúa a sí mismo de manera silenciosa cuando las personas crecen con un sentido de superioridad racial, ya sea conciente o inconsciente. Tales actitudes encuentran una vía de expresión en los insultos racistas, en crímenes originados por odio racial y de muchas otras maneras, algunas sutiles y otras no tanto. Las personas que se horrorizan con el Ku Klux Klan bien podrían estar de acuerdo con los estereotipos hacia las personas de color.

¹⁵ *Brothers and Sisters to Us*, p. 11.

¹⁶ *USA Today*, January 21, 1998.

¹⁷ Véase investigación documentada por la *National Coalition to Abolish the Death Penalty*.

Las personas pobres, los de la clase media y alta de todos los grupos culturales demuestran con frecuencia sentimientos prejuiciosos hacia personas con un origen nacional, cultural o económico diferente al de ellos. Algunos adoptan una “jerarquía racial o basada en el color de la piel” tanto dentro como fuera de su propio grupo cultural. Cuando los individuos otorgan, de manera automática, un estatus superior a su grupo cultural y un estatus inferior a todos aquellos fuera de él, actúan de manera racista.

3. **Imaginar nuestro futuro: ¿Cómo podríamos permanecer juntos?**

El Evangelio nos pide amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, abandonar la tendencia a ver a aquellos que son racial o culturalmente diferentes a nosotros como personas extrañas y reconocerlos como nuestros hermanos y hermanas. Aún aquellos que han sufrido por culpa de otros, de manera individual o colectiva, deben orar para vencer la hostilidad, perdonar aquellos que los han ofendido y pedir perdón a aquellos a quienes ellos han ofendido. Debemos aceptarnos el uno al otro como vecinos antiguamente separados y que ahora buscan la reconciliación.

Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos... Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo. (Mateo 5:43-45;48 y Lucas 6:27-31; 35-36).

De nueva cuenta, cuando el fariseo erudito le preguntó a Jesús cuál era el mandamiento más importante de la ley, él contestó:

Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas. (Mateo 22:33-40 y Lucas 10:25-27).

El mantener los patrones actuales de aislamiento y hostilidad étnica, cultural, racial y económica empaña nuestro llamamiento como Iglesia a ser un sacramento universal de salvación. El cambiar estos patrones de manera consciente nos lleva de regreso a esa identidad fundamental como comunidad que es llamada a la comunión con Dios y del uno con el otro.¹⁸

A. Permanecer con Dios en la vida diaria

Encontramos a Dios en los alrededores creados, visibles, tangibles de la casa, el barrio y el lugar de trabajo. Encontramos a Dios en y a través de nuestra esposa, nuestros hijos, hermanos y hermanas, la familia de la casa de al lado, el encargado de la tienda de la esquina, nuestros maestros, el extraño en la calle. En pocas palabras, encontramos a Dios en y a través de las personas de cada color, de cada grupo étnico, religión, clase y género. Dios está activo en y a través de las personas, lugares y circunstancias que constituyen nuestra vida cotidiana.

Esta creencia pone sobre nosotros la misión de transformar todas las relaciones en ejemplos de amor y justicia. Nuestro amor por Dios, expresado en oraciones, peregrinajes y otros actos de devoción, deben hacerse visibles en nuestra práctica de amor al prójimo, expresada al establecer modelos de relaciones justas en nuestra vida diaria, en nuestro trabajo y en los encuentros de cada día. Las relaciones amorosas y justas son la manifestación de nuestro compromiso con Dios.

Las diversidades étnica, cultural y racial son obsequios de Dios a la raza humana. En Jesús, estamos llamados a practicar un amor radical –amar al extraño como a nuestro prójimo (Lucas 10:25-37). Otros pueden ser diferentes de nosotros en casi todos los aspectos, excepto en uno: cada hombre, mujer o niño

¹⁸ LG, 1.

que encontramos es también un hijo de Dios, un hermano o hermana en el Señor, a quien debemos dar la bienvenida como nuestro prójimo. Cada extraño que encontramos en nuestro camino es en realidad nuestro prójimo en Cristo. A través de la comunión con nuestros vecinos, quienes son racial y culturalmente diferentes de nosotros, comenzamos a vivir, como comunidad, la unidad en la diversidad que representa la vida del Dios Trino. Podemos aprender a vivir, a trabajar y orar en solidaridad con el extraño a quien reconocemos ahora como nuestro prójimo.

Comunidades inclusivas: Viviendo con nuestro prójimo

Nuestro barrio es el primer lugar donde encontramos a aquellos con quienes permanecemos en el amor. Un barrio o vecindario justo debe estar abierto a todas las personas –negras y blancas, hispanas y asiáticas, jóvenes y viejas, ricas y pobres, cristianas y de todo tipo de fe. El acceso a la vivienda en particular, necesita ser más abierto y justo. En una sociedad que aún es racista en su estructura, la vivienda abierta no puede darse como un hecho; es algo que debe alcanzarse.

Confrontamos a los patrones de venta racista que existen en el mercado de venta y renta de vivienda a través de los programas que ayudan establecer y mantener la diversidad a lo largo y ancho de una comunidad. Para tener éxito, tales programas requieren de la colaboración entre comunidades vecinas, pueblos y poblaciones de toda el área metropolitana de Chicago. Las metas son claras. Los barrios deben ser lugares seguros y estar libres de discriminación y crímenes motivados por el odio; las escuelas deben proporcionar una buena educación para todos los estudiantes; la transportación debe ser accesible. Los medios para alcanzar estas metas incluyen la cooperación a través de las divisiones raciales y culturales.

Justicia económica: Trabajando con nuestro prójimo

Aunque el fenómeno del racismo puede existir de manera independiente de factores económicos, está ligado a esa pobreza firmemente enraizada, que continúa existiendo a pesar de nuestra riqueza nacional. La mayoría de las personas son aún blancas; sin embargo, los negros, los hispanos y los indígenas norteamericanos son desproporcionadamente pobres. “A pesar del progreso mensurable que han tenido durante los últimos 20 años, las personas de color aún deben negociar para superar obstáculos y vencer barreras encubiertas en su lucha por avanzar y conseguir empleo”.¹⁹

“Las enseñanzas de la Iglesia sobre la justicia económica insisten en que las decisiones económicas y las instituciones deben ser juzgadas basados en si protegen o socavan la dignidad de la persona humana. Apoyamos políticas que crean trabajos con pago adecuado y condiciones de trabajo decentes, un incremento en el salario mínimo para convertirlo en un salario que permita vivir, así como vencer las barreras para lograr la obtención de pago y empleo igualitario para mujeres y minorías”.²⁰

Apoyando instituciones sociales culturalmente diversas

Las instituciones sociales en una nación culturalmente diversa se benefician al compartir los valores y las destrezas que se muestran de manera intensa en las varias comunidades de pueblos que los habitan. En el contexto global en que vivimos hoy, la disponibilidad a vivir y trabajar en un medio ambiente culturalmente diverso nos permite trabajar por una paz y justicia universal. Nuestros esfuerzos para promover sistemas judiciales y políticos, organizaciones sociales y profesionales, instalaciones para el cuidado de la salud, instituciones educativas, sindicatos, pequeños y grandes comercios, grandes corporaciones, grupos profesionales, equipos deportivos y artes que sean hospitalarios, serán más creíbles cuando la Iglesia se convierta, verdaderamente, en un modelo de lo que aboga.

Nuestro deseo como discípulos de Jesús es apoyar a las personas de todas las razas y grupos étnicos para que disfruten sus derechos humanos y su libertad. Estamos llamados a promover el amor, la justicia y lo que el Papa Juan Pablo II ha llamado una “cultura de la vida”. Hasta que seamos libres para vivir en

¹⁹ *Economic Justice for All*, #181.

²⁰ Véase Bryan Massingale, “*The Ethics of Racism*,” *Origins*, November 26, 1998, 425.

cualquier lugar de nuestra área metropolitana sin miedo a sufrir represalias o violencia, ninguno de nosotros será totalmente libre. La administración de justicia y las instituciones de nuestra vida cívica deben estar marcadas por el respeto para todos. Estos deseos dan forma a las metas de la Iglesia a medida que trabaja por la justicia social y económica, y la promoción de la vida.²¹

B. Permaneciendo con Dios en Su Iglesia

Por medio del bautismo en Cristo, hemos recibido la gracia y hemos sido llamados a formar parte de su comunidad, la cual es su cuerpo. Los miembros de la Iglesia de los primeros días se reunían en el nombre de Jesús para adorar a su Padre y para continuar la misión que Jesús les había encomendado. Hoy en día, como parte de la misma Iglesia, nosotros también nos reunimos en el nombre de Jesús y nos comprometemos con su misión. A través de los sacramentos de iniciación (Bautismo, Eucaristía y Confirmación), se nos da la gracia de vivir en unión con Dios y con nuestro prójimo a medida que seguimos el camino y la misión de Jesús.

El Consejo Vaticano II reconoció y dio apoyo a la diversidad cultural en la Iglesia cuando alentó la “promoción de las cualidades y talentos de las distintas razas y naciones” y la “cuidadosa y prudente” admisión dentro de la vida de la Iglesia de “elementos de las tradiciones y culturas de las personas individuales”.²² El uso del idioma vernáculo y de los símbolos culturales y rituales adaptados dentro de la liturgia de la Iglesia es un signo de la unidad católica y nos sirve para reunir a todos los pueblos y culturas para adorar a Dios, quien se regocija con la belleza de todo lo que ha creado.

El Concilio Vaticano II también hizo un llamado a las iglesias locales para dar vida a “las circunstancias sociales y culturales particulares” de los diversos pueblos. Esto requirió que los sacerdotes, las mujeres y los hombres religiosos, así como los ministros laicos eclesiásticos fueran llamados de ahí en adelante de entre los distintos grupos raciales y culturales que constituyen la Iglesia.²³ Hablar de uno como católico irlandés, católico romano, católico polaco, católico hispano, católico afro-americano, católico lituano no es divisorio, siempre y cuando cada una de las diferencias sean vividas y ofrecidas como un obsequio, en lugar de estar diseñadas para ser un obstáculo para mantener a otros fuera del grupo. La universalidad católica está marcada por las contribuciones de todas las culturas. Cada grupo cultural ha enriquecido a nuestra comunidad católica con sus dones particulares. Este compartir diferencias dentro de la comunidad de una fe es el camino a la salvación deseada por el Dios Trino, cuyo amor es universal.

El amar sólo a personas que son como nosotros mismos, el amar sólo a aquellos que son miembros de nuestra familia biológica y quienes comparten nuestros antecedentes étnicos y culturales, nuestros puntos de vista políticos y nuestras propias creencias de clase, no cumple con el desafío que nos plantea el Evangelio.

Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo. (Mateo 5:46-48 y Lucas 6:32-34; 36).

Esforzarse por ser un testigo de Jesucristo al ser un buen prójimo para todos es difícil. “Parece que es más fácil quedarnos sentados sobre nuestros odios y las cosas que nos dividen. Parece más fácil ignorar la brecha que existe entre el rico y el pobre; olvidar al no nacido, al indeseado; borrar a aquellos que no son libres... porque están en prisiones; vivir atado a los lazos del racismo personal e institucional. Sin embargo, no podemos hacer esto”.²⁴ No podemos, porque estamos llamados a permanecer juntos en el amor de Dios.

²¹ *Faithful Citizenship: Civic Responsibility for the New Millennium*, U.S. Bishops’ Administrative Board, p. 19.

²² *Sacrosantum Concilium*, The Constitution on the Sacred Liturgy, 37, 40.

²³ *Ad Gentes*: Creed on the Church’s Missionary Activity, 10, 19.

²⁴ *Homily for the Feast of Corpus Christi*, Francis Cardinal George, O.M.I., June 24, 2000.

Para alcanzar la visión proclamada en la predicación de Jesús del reino de Dios, necesitamos ver nuevos modelos y posibilidades. Con mucha frecuencia, cuando están siendo tomadas las decisiones acerca del futuro de la Arquidiócesis, las personas que se encuentran alrededor de la mesa no reflejan de manera adecuada la rica diversidad cultural que da forma a nuestra Iglesia, nuestra ciudad, nuestra nación y nuestro mundo.²⁵ En la medida en que continuemos luchando contra el racismo dentro de la Arquidiócesis, veremos un tiempo en que todos los hijos de Dios estarán contribuyendo al gobierno de esta Iglesia local. El construir modelos de relaciones socialmente justos dentro de nuestras instituciones eclesiales presenta las mismas dificultades que encontramos en ser un buen prójimo en todo lugar; sin embargo, como cristianos que buscan ser verdaderos discípulos, no podemos abandonar nuestros esfuerzos por incorporar el amor y la justicia que nos ha sido dada por Cristo. Y lo más importante de todo, podemos contar con su gracia para traer el poder de la visión que la fe nos proporciona.

La Eucaristía como Sacramento y medio de Comunión

Somos nosotros mismos sobre todo en la celebración de la Eucaristía. Nuestro culto sacramental nos une y nos hace una comunidad de creyentes. La Misa nos llama a la comunión de uno con el otro en Cristo Jesús. La proclamación de la palabra sagrada de Dios y la reflexión que sobre ella se hace dentro de la celebración de la Eucaristía, que representa la vida de Cristo vertida en nosotros, no puede sino hacer más profunda nuestra unidad espiritual y hacer posible nuestra solidaridad social. Sin embargo, con mucha frecuencia, el modelo de parroquias cultural y racialmente homogéneas, establecidas en algunos casos en la celebración de la “partida blanca”, contribuyó a que las parroquias católicas sean ejemplo de exclusión racial y cultural. Se ha dicho con frecuencia que el domingo es el día más segregado de la semana en el área metropolitana de Chicago, de la misma manera que lo es en cualquier otro lado. “Hemos predicado el Evangelio mientras cerrábamos nuestros ojos al racismo que éste condena”.²⁶ Nuestro error al no vivir el amor incondicional y universal de la Palabra de Dios en parroquias y comunidades cultural y racialmente inclusivas contribuye al fracaso para confrontar el pecado del racismo.

La magnífica diversidad cultural de que fuimos testigos alrededor de la mesa Eucarística durante nuestra celebración arquidiocesana del milenio, durante la fiesta de Corpus Christi en el *Soldier Field*, fue sólo una visión momentánea de las posibilidades que nos reserva el futuro. Como Iglesia local, nos reunimos como Cuerpo de Cristo. Nos reunimos con el anhelo de un tiempo en que, donde quiera que nos reunamos, lo hagamos sumamente enriquecidos por la bienvenida activa que demos a todos aquellos a quienes Dios ama. Nuestra reunión para la Misa es siempre una reunión en el nombre del Padre de nuestro Señor, Jesucristo. En la asamblea Eucarística compartimos todos los dones culturales, raciales y económicos que el Espíritu nos ha dado para enriquecer y transformar tanto a la Iglesia como a la sociedad.

Los dones facultativos del Espíritu

Desde nuestros diversos antecedentes étnicos y raciales aceptamos y nos abrazamos en fe al amor de Dios, que nos llama a permanecer juntos en amor. Después de reflexionar sobre las dimensiones históricas, sociales y económicas de nuestra complicidad con el pecado del racismo, pedimos como católicos por la gracia de la conversión del pecado del racismo, el cual nos ha separado de nuestro prójimo y de Dios.

La Iglesia nació con el descenso del Espíritu Santo en la Virgen María y los apóstoles y las naciones se reunieron en Jerusalén para el Pentecostés. A partir de ese momento hace dos mil años, la permanencia del Espíritu en la Iglesia y en cada uno de sus miembros nos mueve a permanecer juntos en amor. Los dones que el Espíritu nos trae transforman todas nuestras relaciones.

²⁵ **Brothers and Sisters to Us**, p. 11.

²⁶ *Ibid.*, p. 8.

La Iglesia en cualquier sociedad debe ser una levadura. La Iglesia es siempre más que cualquier sociedad o lugar en particular. Encuentra su identidad como católica, al incluirnos a todos. Si se mantiene fiel a su Señor, el Salvador del mundo, la Iglesia no sólo proclamará quién es Él sino que actuará ella misma para convertirse en el vientre, la matriz en la cual pueda gestarse y nacer un nuevo mundo. Escuchar y dar la bienvenida, la Iglesia es un lugar para el encuentro, para el diálogo racial y la colaboración intercultural. En un contexto de mutuo respeto universal nacido del amor, la Iglesia ofrece los dones que transforman el mundo y traen la salvación en esta vida y en la siguiente.

3. Conclusión: Un programa para atender la injusticia racial y sistémica

Las Sagradas Escrituras y las enseñanzas sociales católicas proclaman la dignidad de la persona humana y nos amonestan para reformar la estructura de nuestra sociedad que ignora y socava esta verdad fundamental. Estamos llamados no sólo a una conversión radical del corazón sino también a una transformación de las estructuras socialmente pecaminosas.

A continuación algunas sugerencias para tomar los pasos necesarios para permanecer en el amor de Dios y para abordar la injusticia racial y sistémica.

Arquidiócesis

- Proporcionar sesiones para el personal de la arquidiócesis y de las parroquias, los párrocos, directores de escuelas y maestros sobre la importancia de la diversidad étnica y racial.
- Evaluar los modelos administrativos de contratación para que las personas en puestos directivos y de toma de decisiones dentro de la Arquidiócesis reflejen la composición étnica y racial de nuestra diversa comunidad católica.
- Identificar y alimentar las vocaciones entre los afro-americanos, los hispanos, los asiáticos y los indígenas norteamericanos para servir como sacerdotes, diáconos, mujeres y hombres religiosos y ministros laicos eclesiósticos.
- Educar para el ministerio en una arquidiócesis étnica, racial y culturalmente diversa.
- Implementar las políticas arquidiocesanas para realizar compras, las cuales nos comprometen a hacer negocios con proveedores provenientes de las minorías.
- Unirse a grupos de apoyo que estén trabajando por la justicia racial en el lugar de trabajo, por ejemplo el Proyecto Igualdad (*Project Equality*).
- Evitar invertir en compañías que toleran el racismo.
- Abogar por una mejor transportación pública, que permita a las personas de los barrios pobres y de comunidades suburbanas vecinas tomar trabajos en áreas suburbanas fuera de los límites.
- Apoyar organizaciones comunitarias con sede en la iglesia que trabajen por la justicia económica.

Parroquias

- Participar en los programas arquidiocesanos, como el Taller sobre Racismo y Sensibilidad Étnica, el cual está diseñado para permitir mejores relaciones entre las razas en las parroquias y los barrios.
- Fomentar la hospitalidad en general, pero de manera especial hacia aquellos que son culturalmente diferentes de la cultura dominante en nuestra parroquia.
- Participar en programas que identifiquen y alimenten las vocaciones entre los afro-americanos, los hispanos, los asiáticos y los indígenas norteamericanos para servir como sacerdotes, diáconos, mujeres y hombres religiosos y ministros laicos eclesiósticos.
- Identificar las tendencias demográficas en la parroquia, especificar los problemas particulares de la diversidad racial y étnica que enfrenta la parroquia y establecer las estrategias para abordar estos retos desde una visión de fe. Crear una red con otras parroquias que estén trabajando por la justicia racial en sus comunidades. Mantenerse vigilante ante la destrucción de los barrios provocada por la discriminación encubierta en préstamos para bienes raíces .
- Participar en organizaciones cívicas y ecuménicas / interreligiosas que trabajen para promover la justicia racial.

- Comenzar el proceso “Bienvenido vecino” en las parroquias al patrocinar un par de familias que estén viviendo la transición de vivir en vivienda pública a vivir en el barrio de la parroquia.
- Participar en el Programa de Parroquias Compartidas y desarrollar las relaciones para compartir tomando en cuenta las cuestiones raciales y culturales.
- Participar en organizaciones comunitarias con sede en la iglesia que trabajen por la justicia económica.

Liturgia

La liturgia es el culto de Dios. No debe ser manipulada para servir de manera directa a otro propósito, aún cuando sea con buenas intenciones y por una buena causa. No obstante, la liturgia debe hacer visible la unidad, que incorpora la diversidad del pueblo de Cristo. Esto hace la intercesión, a través de Cristo, por el perdón de nuestros pecados, incluyendo el pecado del racismo, y nos da los medios para convertirnos en un pueblo santo.

- Desarrollar los recursos litúrgicos para celebrar la unidad en la diversidad y expresar la naturaleza pecaminosa del racismo.
- Cuando sea apropiado, celebrar liturgias donde la expresión de nuestra fe esté reflejada en los símbolos religiosos, la música y la historia de los diferentes pueblos que conforman nuestra arquidiócesis.
- Promover un servicio anual de Cuaresma enfocado a la reconciliación racial.
- Planear un domingo como día anti-racista.
- Incluir plegarias para la reconciliación racial y el fin del racismo en las plegarias de intercesión durante las liturgias de los fines de semana.
- Predicar sobre racismo y justicia racial.
- Celebrar a través de las liturgias y los distintos festivales la herencia racial y étnica de los feligreses.
- Desarrollar homilías para el Pentecostés, el Corpus Christi y el Domingo de la Trinidad que interpreten las escrituras asignadas desde la perspectiva del llamado a la unidad humana y eclesial de todos los pueblos en Cristo.
- Orar para recibir guía y por el fin del racismo, pidiendo la intercesión de santos como San Martín de Porres, Santa Katharine Drexel, Santa Josephine Bakhita, San Pedro Clavar, Beata Kateri Tekakwitha, Beato Juan Diego y otros que promueven de manera especial la armonía racial y la justicia social.

Escuelas primarias católicas, secundarias, colegios y universidades

- Apoyar los esfuerzos del Comité para la Justicia Racial de la Oficina de Escuelas Católicas, el Comité Anti-Racismo de los Directores de escuelas y el frente Escuelas Católicas Contra el Racismo (COR por sus siglas en inglés).
- Diversificar el personal y buscar administradores y maestros que sean modelos, especialmente para estudiantes de color.
- Utilizar materiales multiculturales.
- Ofrecer actividades educativas que lidien con la justicia racial, no sólo con los principios de nuestra fe sino con la historia de nuestro país. La esclavitud de los afro-americanos, las guerras contra los indígenas norteamericanos y la lucha por la igualdad ante la ley deben ser enseñadas y analizadas a la luz de la fe.
- Integrar en cursos de arte, música, literatura, historia, ciencia y religión las contribuciones de los pueblos hispanos, asiáticos, indígenas y afro-americanos.
- Continuar el trabajo por la justicia otorgando fondos para escuelas católicas que den a los estudiantes la educación necesaria para experimentar el éxito personal y contribuir al bien común.
- Publicar materiales sobre racismo en los medios públicos y en el sitio que la Arquidiócesis de Chicago tiene en la Internet.
- Ofrecer a los adultos la oportunidad de entrar en una relación tutor-mentor con estudiantes no privilegiados o que están en peligro de fracasar en la escuela.

- Comprometer a las escuelas, especialmente aquellas dentro del programa de parroquias compartidas, para hacer intercambios culturales y académicos.

Acción Comunitaria

- Continuar el apoyo a la Campaña Católica para el Desarrollo Humano, el programa contra la pobreza de la Conferencia Católica de los Estados Unidos, que busca ayudar a las personas pobres a abordar las causas de la pobreza.
- Mantenerse vigilante de las políticas de bienes raíces, vivienda y uso de la tierra, especialmente en las comunidades donde la Iglesia posea terrenos, para poder oponerse a la segregación económica y fomentar el desarrollo de vivienda económica.
- Apoyar desarrollo de la transportación pública a través de toda el área metropolitana.
- Abogar por “una cuota justa de vivienda” en la cual un porcentaje de unidades para vivienda subsidiada esté reservado para personas pobres en cada municipalidad.
- Apoyar principios justos en cuestiones de vivienda, de tal manera que los préstamos puedan ser obtenidos por personas pobres y que en las negociaciones de venta o renta no se incluyan las prácticas de fijado de precios falso, la guía fraudulenta o la persuasión a los dueños a vender bajo para lucrar después con esa propiedad.
- Promover políticas para compartir los impuestos entre las comunidades pobres y ricas. Estas políticas establecen bases más equitativas de impuestos e impuestos más bajos en todos lados, permitiendo a las comunidades pobres atraer trabajos y pagar por servicios sociales y públicos.
- Defender la vida apoyando la legislación que se oponga al aborto y a la pena de muerte.
- Apoyar las organizaciones locales que trabajan para obtener vivienda a precios justos y armonía racial, tales como el Consejo de Líderes para Comunidades Metropolitanas Abiertas (*Leadership Council for Metropolitan Open Communities*) y la Fundación de Relaciones Humanas de Chicago.
- Votar por funcionarios públicos comprometidos con la justicia racial y sistémica.

Para mayor información, llame a la Oficina de Paz y Justicia al (312) 751-8390 y a la Oficina por la Justicia Racial al (312) 751-8336.